

# Gerardo de la Torre, de primera línea

---

## GERARDO DE LA CRUZ

---

Sobre la obra de Gerardo de la Torre conspira una percepción, si no errónea, parcial sobre los contenidos y la naturaleza de su literatura; una percepción que el mismo autor ha propiciado y que hace varias décadas toca su creación más como una sombra dócil que como un animal salvaje; como una nostalgia acotada al margen, no como una enorme mancha de tinta que devora la página, la cual ha determinado, tal vez minado, el interés y la recepción de su obra entre la crítica y los lectores.

Pienso esto a propósito de una reflexión que, en enero de 2016, el crítico Roberto Pliego formuló en un generoso comentario a *La muerte me pertenece* (2015), cuyo tema es la eutanasia. Tras destacar las muchas virtudes de la reciente novela de De la Torre, lamenta que sea “inevitable preguntarse cuántos libros fueron necesarios para que *el pendenciero militante comunista desapareciera de la escena* —las cursivas son mías— para dar paso a un autor cuya voz equilibrada trabaja por decir que así como uno se las arregla para vivir debe también arreglárselas para morir sin temor, sin amargura” (*Laberinto*, núm. 658). En otras palabras, cuántos libros, cuántas páginas, cuánto tiempo y oficio agotó De la Torre —interpretado yo— para que por fin se ocupara de dar “respuestas literarias” a inquietudes vitales. Bueno, a la pregunta hay que arriesgar una respuesta; la mía se inclina por considerar que ni uno, ni un solo libro de Gerardo de la Torre es ajeno a las preocupaciones que, en distintos momentos de la vida, enfrentan las personas.

Y he vuelto al texto de Pliego no porque desee elaborar una tardía réplica, sino porque el comentario con el que cierra su reseña revela el limitado aparato crítico y la lectura obsoleta que existe en torno a una obra compleja, diversa y amplia como la de Gerardo de la Torre, o al menos hasta qué punto se le ha instalado como un escritor proletario —emanado de las filas obreras para hablar de temas obreros—, aunque un examen minucioso de su obra revelaría que ese autor realmente existe en una decena de textos y que, desde hace varias décadas, mira con ojos autocríticos esa etapa como motivo principal de su obra literaria.

Desde la brevedad de los cuentos de *El otro diluvio* (1968), la rijosidad de *Ensayo general* (1970), su primera novela, y la

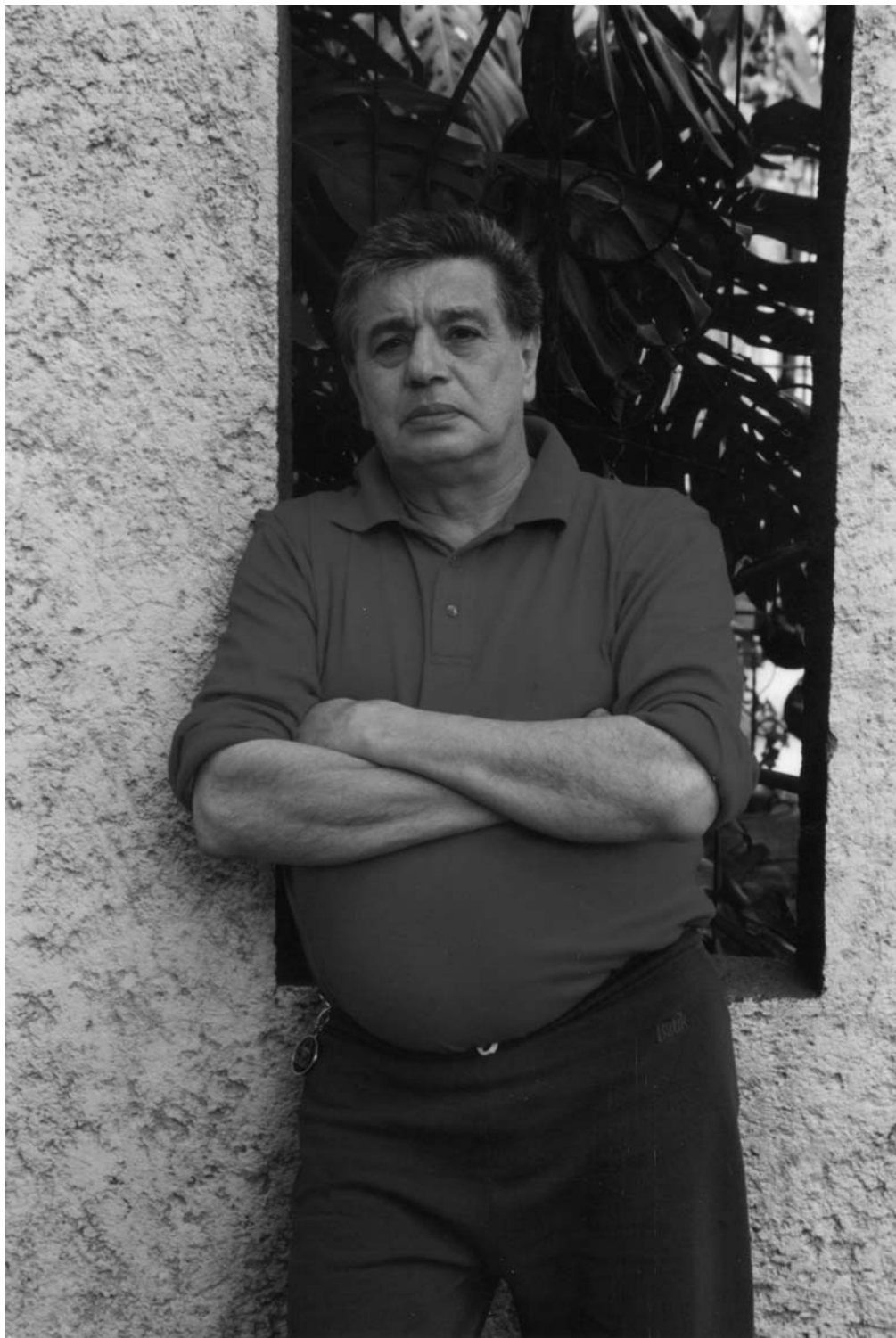
diversidad de los relatos de *El vengador* (1973), obras que cimentaron su prestigio literario, Gerardo de la Torre se propuso dar respuestas literarias a cuestiones vitales, al menos para él, y no siempre mediante contenidos con temática social, no en balde en *La línea dura* (1971), novela breve donde un sas-trecillo inconsciente se propone declarar territorio libre a una chinampa en Xochimilco, dio pie a José Revueltas para tejer sobre la noción del relajo.

Sí, gran parte de la obra de De la Torre no escapa a la política ni a los ámbitos proletarios ni a la lucha social, en particular al contexto petrolero, y específicamente al de la refinería de Azcapotzalco; pero tampoco escapa al conflicto amoroso y a las difíciles relaciones entre hombres y mujeres (tema central —pienso yo— de su narrativa), a la soledad, a la muerte, al deseo frustrado, a los sueños rotos o a la esperanza malograda, como tampoco elude los juegos verbales, el buen humor y el chistorete, la innovación formal, la persecución de un enigma o ese punto donde la realidad se funde con la fantasía. Y, desde luego, también pasan por el filtro de su imaginación la ética, la moral, la religión, la culpa y el arrepentimiento.

La obra de Gerardo de la Torre está muy lejos de ser un manifiesto comunista por entregas a lo largo de cincuenta años, ni siquiera un pronunciamiento político permanente; se trata de una continua indagación sobre la naturaleza humana en distintos escenarios del acontecer humano, porque no importa que sean guionistas de cine, médicos, obreros o estudiantes, los personajes de De la Torre se enfrentan a los problemas de la vida como personas y no como obreros o médicos, etcétera. Y a veces, como ocurre en realidad, estos conflictos se fraguan o se complican en las entrañas del sindicato ferrocarrilero, como en *Ensayo general*; en una cantina, entre partida y partida de dominó, como *Morderán el polvo* (1999); o en una sacristía, como en *Nieve en Oaxaca* (2010).

Catalogarlo como un escritor del proletariado o social es tan estrecho como ubicarlo dentro de los narradores de la Onda, aquella “estampida de búfalos” que denostaba Juan Rulfo, y a la cual no puede afirmarse que perteneciera, salvo por la amistad que lo unió a varios de sus representantes y a esa voluntad de renovación formal que, hasta la fecha, acusan sus textos. En pocas palabras, equivale a obviar cincuenta años de trabajo literario, amén del que realizó para cine y televisión.

Y pienso en todo esto no sólo por su reciente novela, sino porque en el contexto de su aniversario ochenta, la editorial Lectorum ha publicado una selección personal de cuentos. Bajo el título de *La vida rápida*, Gerardo de la Torre propone



una lectura de su propia obra narrativa, en la cual incluye minificciones y cuentos inéditos. Quien se acerque a esta muestra encontrará a un escritor inteligente, ameno y, a ratos, tortuoso; pero sobre todo encontrará a un hábil tejedor de historias, ágil para contarlas, dueño de múltiples recursos na-

rrativos, con muy variadas temáticas y personajes de toda índole, que si bien no en todos los casos ofrecen “respuestas literarias” a esa cosa inextricable que es la vida, sí motivan al lector a formularse preguntas vitales, que es lo menos que se le puede exigir a una literatura de primera línea.